

DESDE MI SOLEDAD ENAMORADA

Lejos, muy lejos de la hermosa inocencia clamorosa del mar, que no cesa de hablarme; donde el aire no aguarda a que florezca el almendro, ni sueñan los naranjos encendiendo su savia, ni el remo melancólico zanja lienzos de espuma. Aquí, donde los pájaros sólo posan su dicha sobre el viejo cansancio de la fría espadaña rindiendo lejanía; y nunca han conocido la frondosa costumbre de los blandos plumajes que ceden cada noche su nuevo poderío. Yo esperaba con lenta pesadumbre de niño deshojado a la sombra de una tarde rosada, tan solitariamente como el ameno invento del arroyo escribiendo entre un álbum de otoño. Contentaba mi horario de entristecida alondra recordando el jardín donde murió su idilio una mañana heroica de inesperado encuentro, cuando el único mérito de la vida era amarse.

He aquí como un día empecé a descubrirte. Tu cabello oreaba libremente traslúcido bajo la luz confusa del mediodía histórico, y casi te escapabas como si me advirtieras un mundo de lujuria o gozo emocionado. Aún no osaba tu voz de benévola pausa a inaugurar mi nombre. Compañera de siempre te figuraba entonces. Y tu palabra fácil conquistaba, tanteando, mi relato más íntimo. Esbelta te soñaba, con ese aire helénico que incita a preguntarte por tu origen de diosa crecida entre magnolias, piadosamente hollada por el milagro diario que disipa la niebla. Te amé, te amé tan pronto como canta la nieve sobre un campo de espigas, con esa azul dulzura de la naciente aurora después de una agonía de madrugada mórbida. ¿Y tendré que olvidarme de aquél antiguo idioma con el que acostumbraba a imitar a los peces? No, no puedo quedarme tan sólo con el hombre que amanece de pronto interrogando al cielo; quiero volver a solas sobre el mar de mi infancia y amarte, sí, aunque sea mi corazón de arena.

José María FORTEZA.